

## FORO

# *Reflexiones sobre el cierre temporario de la Biblioteca Nacional de Uruguay*

## De puertas abiertas

**Mónica Maronna**<sup>1</sup>

Universidad de la República, Uruguay

**DOI:** <https://doi.org/10.25032/crh.v11i21.2646>

Cuesta imaginar otro contexto más complicado que aquel mayo de 1816 fecha, de la inauguración de la Biblioteca Nacional. Se concreta en pleno proceso revolucionario, con varios frentes de lucha internos y externos abiertos. Un año antes, el Presbítero y Vicario interino en Montevideo, Dámaso Antonio Larrañaga, le pidió al Cabildo de Montevideo un lugar donde la gente accediera a la lectura gratuita y pudiera ir «todo el que deseara saber». Muy pocos recursos, pero mucha convicción y entusiasmo. El proyecto, inspirado en la de Buenos Aires de 1810, partía del pleno convencimiento de la importancia del conocimiento en tiempos en que, como decía Larrañaga: «Todo hay que hacer porque estamos en una infancia política». No hubo precariedad capaz de interponerse con ese proyecto.<sup>2</sup> Su

---

<sup>1</sup> **Mónica Maronna.** Doctora en Ciencias Sociales por la UBA, Argentina y egresada de Historia en el IPA. Es profesora e investigadora en régimen de dedicación total en la Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República e integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Sus publicaciones y temas de investigación se relacionan con el siglo XX uruguayo y se ha especializado en historia cultural de los medios de comunicación en Uruguay.

<sup>2</sup> Carta de Dámaso Antonio Larrañaga al Cabildo de Montevideo solicitando la creación de una Biblioteca Pública. 4 de agosto de 1815. Comisión Archivos Histórico. Ministerio de Educación y Cultura. *Archivo Artigas*, tomo 26, Montevideo, Montevideo, 1992. p 338 y ss.

inauguración se realizó en el marco de las fiestas conmemorativas del 25 de mayo de 1810. Las fiestas mayas duraron varios días de celebración repleta de todos los símbolos revolucionarios y el profundo reconocimiento a los «valientes orientales» que peleaban por la patria. El domingo 26 de mayo de 1816 fue el turno de inaugurar la nueva institución. La Biblioteca Nacional nació muy pobre, pero con certeza del conocimiento como parte de la libertad y la independencia. El discurso de su fundador fue publicado y distribuido por orden de José Artigas. Un texto que vale la pena conocer o volver a recorrer.<sup>3</sup>

Los discursos, las formas y los tiempos de comunicar siempre fueron importantes, y lo son cada vez más dada la velocidad con que circulan los mensajes. El 26 de mayo de 2025, la primera vez que se presentaba públicamente la nueva directora de la anunció u cierre temporal. Dedicó su intervención a mencionar una crisis profunda y la necesidad de un tiempo para pensar. Hizo este anuncio sin un plan de contingencia y sin un esbozo de proyecto resultó, como mínimo, algo inesperado, poco feliz e inoportuno sin lograr el objetivo que aparentemente buscaba alcanzar. Pocos días más tarde anunció una apertura progresiva con agenda.

No cabe duda que la Biblioteca Nacional necesita entrar en el siglo XXI. Para empezar, necesita superar su crónica precariedad presupuestal. Pero si se aspira a su transformación se deben evitar algunas tentaciones como la tendencia a aferrarse a prácticas y rutinas anacrónicas, encandilarse por las promesas tecnológicas o suponer que es un lugar solo para especialistas.

Resulta imprescindible integrar bibliotecas, museos y archivos dentro de políticas culturales integradas. La herencia documental requiere acciones colaborativas e interconectadas entre las instituciones públicas y privadas para compartir recursos, tecnologías, saberes y asegurar un acceso cada vez más amplio y eficiente. Los problemas para el resguardo del legado en todos los soportes, presenta muchos desafíos para su acondicionamiento actual en las mejores formas posibles.

---

<sup>3</sup> Texto completo disponible en:

<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/47276?mode=full>

La información atesorada en bibliotecas, archivos y museos son bienes culturales a preservar que pertenecen a la sociedad entera y no deberían escatimarse recursos porque se trata de asegurar su acceso presente y futuro.

El origen de los acervos que custodia cada institución forma parte de la historia documental y de la forma en que cada colección u objeto llegó a ese lugar y no a otro. Con excepción de los libros donde existe una ley de depósito legal que obliga a enviar ejemplares a la Biblioteca Nacional, el resto de los acervos se han ido conformando de maneras muy diversas. La propia Biblioteca Nacional cuenta con un valioso archivo documental de autores, colección de imágenes, manuscritos, cartas entre tanta documentación valiosa que fue legada a lo largo de su historia. El conjunto de acciones y decisiones necesarias para asegurar la permanencia de documentos producidos en soportes muy variados, es continua. Todos los que trabajan en este campo saben que estas acciones requieren resolver múltiples problemas. No solo experimentaron que no se puede trabajar aisladamente, sino que el verdadero sentido de preservar está en función de su fin principal que es ponerlo al servicio de la sociedad. Ninguna organización por sí sola cuenta con todos los recursos materiales o humanos especializados necesarios. ¿Qué mejor que aprovechar la experiencia del Centro de Documentación Lauro Ayestarán ubicado en la misma Biblioteca Nacional?

En tiempos de cambio climático el resguardo es un problema de primer orden para todas las instituciones y su imprevisión pone en riesgo el patrimonio. Parece sensato proyectar acciones conjuntas para asegurar soluciones planificadas para asegurar su conveniente resguardo. Una asociación interinstitucional entre bibliotecas, museos y archivos, asegurando a cada una de ellas su identidad y cometidos propios, es un primer paso indispensable para mejorar las condiciones y optimizar los recursos. A su vez, la interoperatividad favorecerá al usuario que puede moverse más cómodamente entre los recursos disponibles y disfrutar de ellos. Las insituciones deben correrse de su zona de confort en aras de asegurar las mejores condiciones.

En esta misma línea de colaboración y trabajo conjunto respetando cada saber especializado, la Biblioteca Nacional necesita más personal. Las cifras indican el notorio descenso de funcionarios y explica las carencias para la atención al público, y realizar todas las tareas necesarias. No cabe duda que el esfuerzo presupuestal deberá atender esa necesidad. Pero además de contemplar el ingreso de bibliotecólogos o archivólogos es necesario contar también con comunicadores, ingenieros de sistema, personal de mantenimiento edilicio, gestores culturales e investigadores por citar unos pocos ejemplos. El historiador Peter Burke señalaba que parece existir una tendencia a la hiper especialización. Un Leonardo da Vinci fue excepcional, por eso vale la pena preguntarse si pueden existir los polímatas grupales, es decir si es posible trabajo colectivo. Entre los tantos argumentos escuchados en la prensa recientemente sobre el estado de la Biblioteca Nacional, algunos de ellos se referían a la escasez de bibliotecólogos en la institución. Es cierto, es necesario incorporar más profesionales con saberes muy específicos pero solo si se avienen a un trabajo en conjunto desapegados de toda tentación corporativa. La colaboración entre diferentes saberes especializados tiene que ir acompañado de un compromiso capaz de sacudir inercias y rutinas de trabajo endogámicas.

La digitalización se convierte en un fuerte desafío que es necesario encarar tanto de lo que ya se ha hecho como lo que queda por hacer. El camino ya está abierto porque la Biblioteca Nacional ofrece en línea materiales diversos: prensa de todo el país, catálogos y una colección de textos con alto valor patrimonial. Lo mismo ocurre con el repositorio *Anáforas*, originado en la Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República bajo el impulso de la dra. Lisa Block, uno de los sitios más consultados por la amplitud y calidad de los materiales que integra.

Pero escanear para su digitalización es solo el comienzo. En una vertiente se convierte en una ventana de oportunidades incommensurable para el acceso al conocimiento, en la otra, si no se desarrolla de forma cuidadosa, organizada y planificada puede terminar en un esfuerzo escaso o en nueva forma de dependencia cultural. De todos los asuntos que implica esta opción, alcanza, como ejemplos,

pensar en dos aspectos: el respaldo de la información y la interoperabilidad. Nadie puede garantizar que no se produzca la obsolescencia de los soportes de almacenamiento, del software o el aumento de tarifas por subir material a la nube. Todas las decisiones que se tomen en este aspecto suelen ser muy costosas. Una Biblioteca Pública debe establecer los criterios culturales con total autonomía y sin sometimiento a las reglas de las plataformas y los sesgos algorítmicos. Es una institución convocada a jugar un papel clave para resguardar el legado cultural de las reglas del mercado dedicadas a medir y monetizar como unico parámetro de calidad de las obras.

«Venid todos! Desde el africano más rústico hasta el más culto europeo», proclamó Dámaso Antonio Larrañaga durante la inauguración de la Biblioteca. Efectivamente, el siglo XXI sigue siendo una institución pública destinada a salir al encuentro de sus públicos. No es que la gente no quiera ir a una biblioteca, es que no encuentra nada atractivo ni confortable. Como lugar, requiere cambios, mejoras permanentes, porque los libros «pesan» en cualquier edificio, ocupan estantes, son sensibles a la temperatura, la humedad, los insectos, requieren atención continua. Pero ante todo es necesario proyectar espacios renovados, modernos confortables para que todo el que pasa por sus puertas se motive a entrar y se sienta en su casa. Las bibliotecas son espacios culturales, donde siempre hay algo nuevo para conocer, lugar de muestras artísticas y encuentro entre lectores y autores y porqué no, también un espacio de sociabilidad y de integración. Las bibliotecas frías y sombrías pertenecen al pasado.

Cientos de obras uruguayas se registran anualmente en el depósito legal, cifra nada desdeñable que contraría las percepciones superficiales de que no hay creación. Obras que no siempre perduran en el mercado. Producciones nacionales en diferentes formatos que, si no las conserva el Estado, se perderían para siempre. El cambio en la forma de leer y escribir es muy grande, es extraordinaria, estamos situados en medio de un cambio muy profundo. Las múltiples formas de leer, en papel o en pantallas y con el auge de los audiolibros en el mundo, resultan un giro capaz de desafiar las predicciones apocalípticas que siempre se han empeñado en

juzgar negativamente los cambios en las prácticas culturales. La convivencia de prácticas viejas y nuevas sugiere la necesidad de ampliar la oferta de textos en una variedad de soportes.

Asomarse al siglo XXI significa una biblioteca de puertas cada vez más abiertas, con variedad de propuestas y salas capaces de dar cabida a la multiplicidad de públicos, para los que prefieren el sonido, el audiovisual, el papel o las pantallas. No es solamente un recinto exclusivo para investigadores (aunque bueno sería que se nos ofrecieran mejores condiciones que las actuales), una biblioteca pública es ante todo un espacio de mediación entre todas las personas y los textos. En la obra «Los demasiados libros», su autor, Gabriel Zaid, señalaba: «Escribir, publicar y distribuir libros es como lanzar botellas al mar: su destino es incierto. Y, sin embargo, una y otra vez, se produce el milagro: un libro encuentra su lector, un lector encuentra su libro».<sup>4</sup> Crear las condiciones del encuentro debería ser el foco principal de las políticas culturales. ◇

---

<sup>4</sup> Zaid, Gabriel, *Los demasiados libros*. México, Ramdon House Mondadori, 2011. Edición Digital. p69.